

Poesía

Cuadernos del Escorial

José Agustín Goytisolo

Lumen. Barcelona, 1995. 164 páginas, 1.800 pesetas

«**O**YENTE, si tú me ayudas/con tu malicia y tu risa,/verdades diré en camisa,/poco menos que desnudas». Esto decía Quevedo anunciando el propósito de sus descarnadas sátiras: desnudar la realidad, mostrarla sin tapujos, casi en cueros. José Agustín Goytisolo, que comenzó llorando en «El retorno» (1955) por una herida que no se ha cerrado nunca —la trágica muerte de su madre en la Guerra Civil—, decidió pronto echar sus «Salmos al viento» (1958). Hizo propios entonces los versos de don Francisco, bien que suprimiendo el último de la cuarteta. Mantenía así el objetivo de provocar una visión de la auténtica realidad y, alterando el sentido literal quevediano, declaraba la forma elegida: hablar «en camisa», esto es, en tono coloquial de camarada de plaza, de compañero de tertulia.

Nada tiene de extraño que algunos de aquellos poemas hayan prestado letra al canto en manifestaciones y protestas cívicas. Junto a ellos, a contrapunto siempre de la línea elegiaca, ha ido Goytisolo escribiendo epigramas: «en camisa» algunos; otros —no hay que dejarse engañar por las apariencias— algo más vestidos. Fanny Rubio explica en el Prólogo a este volumen cómo a pesar del título, que parece vincular las piezas a un ejercicio veraniego en los Cursos del Escorial, bastantes piezas vienen de antiguo y varias de ellas constituyeron la célula germinal de otros poemas más extensos. Anota igualmente el magisterio que asimilan: Marcial, Juvenal, Catulo, entre los latinos; el Arcipreste y Quevedo, entre los castellanos. Entiéndase: en distintas proporciones y con no pocos matices.

Porque ¿cómo son los epigramas de J. A. Goytisolo?: «¿Qué es? Vaya qué aprieto. Es como diez limones/formando un caramelo, como toda mi sangre/en sólo cuatro gotas. No sé si me he explicado:/contar los cuatro versos. Creo que ya está hecho». Comenzando por el molde, resulta significativa la elección de los versos alejandrinos, sin rima. El poeta incardina así su tarea en la tradición, como una clerecía nueva y desenfadada. No es el único guiño de intertextualidad: en cualquier rincón de los epigramas, bajo el pliegue de un verso apuntan, aquí y allá, hilos de enlace con poetas clásicos y modernos; por eso distinguía antes extractos de desnudez no sólo en la intención sino en la forma artística. Para encuadrar correcta-

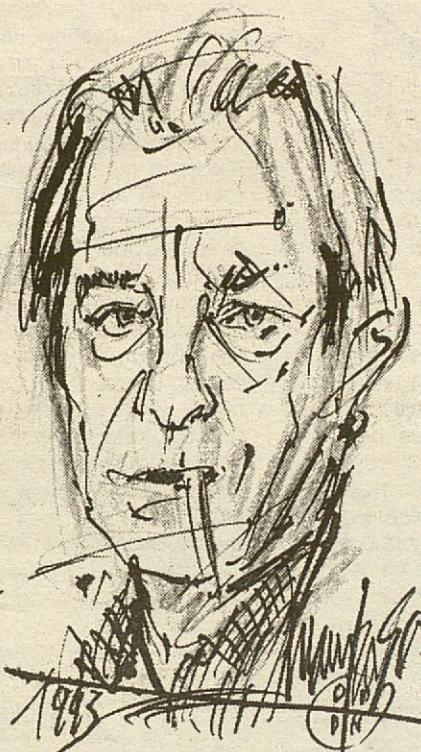
mente esta labor en el conjunto de la obra de Goytisolo, no debemos olvidar que, por una vía análoga, desde «Claridad» (1960) a «Los pasos del cazador» (1980), ha venido cultivando simultáneamente la recreación de la canción lírica tradicional.

Limonos edulcorados, condensación de sangre en cuatro gotas. En definitiva, lo que Carmen Riera cifró en su estudio categorizador de Goytisolo: veneno y jazmín. Recuerda ella un texto en el que Ferrater Mora distingue dos formas de ironía: la que, juzgando que el mundo es algo despreciable, lo puntea de modo corrosivo y lúdico, y la que

considera que el mundo no merece la seriedad que algunos ponen en él, porque la seriedad es unilateral y dogmática, y con la ironía se aspira a comprenderlo mejor. Si, como ella dice, en «Salmos al viento» Goytisolo se adscribe al primer tipo, estos epigramas nos lo aproximan más al segundo: «Amas mucho a la vida y ella siempre te hiere» (pág. 107), «Mas yo canto a esta vida que es sucia y es radiante» (pág. 77). Hay bastantes epigramas que son puro jazmín: tales los dedicados a su madre (pág. 71), a su padre —conmover en su sinceridad— (pág. 84), a sus hermanos (págs. 102 y 115), a sus amigos poetas (págs. 98, 35, 106). Declarada la independencia respecto de cualquier dogma

(pág. 65), son pocos los de tipo político —un par de ellos, estupendos, dedicados al General (págs. 29 y 97)— o de intención cívico social, por más que alguno de éstos (pág. 23) valga por muchos. La mayoría se centra, sin embargo, en la sátira de la moral burguesa y de las intrigas y rencillas del mundillo literario. Ahí están el que juró amar a su mujer hasta la muerte y, en efecto, se convirtió en su implacable verdugo (pág. 28), o el ladrón de metáforas, que ignora que «modelo mal copiado es como un turbio espejo» (pág. 24). Y en esa línea desfilan otros análogos especímenes.

Todo está «dicho en lenguaje llano», que no simple, por cuanto lo coloquial se eleva a categoría de arte y se entreteteje con lo culto. Y todos los epigramas son, en general, bastante indulgentes. Sobran varios que no rebasan el interés de la experiencia personal del poeta. Pero hay mucho donde escoger, y tan variado en intención y arte, que «desde un rey a una joven/pueden saborearlos en privado y en público».



Víctor GARCÍA DE LA CONCHA
de la Real Academia Española